

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instruccion: Algunas reflexiones sobre el amor, por don A. P.—Los Sueños y las Flores (Balada), por doña Dolores Cabrera y Heredia.—La Vuelta de Juan Perez (continuacion).—La Flor preferida (Balada), por Zahara.—Variedades: El Fin del Mundo, por Lázaro.—La Esperanza (poesia), por don Rafael Monares Insa.—Teatros.—Esplicacion del Figurin.

INSTRUCCION.

Algunas reflexiones sobre el amor.

Hay asuntos que no cansan, y aunque nos hemos ocupado algunas veces del que sirve de epigrafe á este artículo, siempre tiene oportunidad, porque siempre es *cuestion del dia*, aunque no para todos. Para las costumbres no suelen variar mucho los tiempos; las modifican, las perfeccionan, pero quedan las mismas en su esencia y en sus formas.

Reciente hay un ejemplo. Acaba de ejecutarse esa célebre comedia del inmortal Moratin, *El Si de las Niñas*, y no es difícil hallar hoy tipos gemelos de los originales que retrató el autor hace medio siglo.

Está contemplando D. Diego las lágrimas de Paquita; no consigue le confie la causa de ellas, y la dice:

—Hoy llegaremos á Madrid, y dentro de ocho dias sera Vd. mi mujer.

—Y daré gusto á mi madre, contesta.

—Y vivirá Vd. infeliz, la añade D. Diego.

—Ya lo sé, replica; y entonces, aquel ejemplar anciano, retratada la indignacion en su faz, pronuncia estas sentidas y magnificas palabras que reasumen todo el objeto de la comedia.

—Hé aquí los frutos de la educacion. Esto es lo que se llama criar bien á una niña; enseñarla á que desmienta y oculte las pasiones mas inocentes con una pífida disimulacion. Las juzgan honestas luego que las ven instruidas en el arte de callar y mentir; se obstinan en que el temperamento, la edad y el génio no han de tener influencia alguna en sus incli-

naciones, ó en que su voluntad ha de torcerse al capricho de quien las gobierna. Todo se les permite menos la sinceridad. Con tal que no digan lo que sienten, con tal que finjan aborrecer lo que mas desean, con tal que se presten á pronunciar cuando se lo manden un sí perjuro, sacrilego, origen de tantos escándalos, ya están bien criadas; y se llama excelente educacion la que inspira en ellas el temor, la astucia y el silencio de un esclavo.

—«Es verdad.... todo eso es cierto... contesta la jóven. Eso exigen de nosotras, eso aprendemos en la escuela que se nos da...»

No presentamos este ejemplo como una regla general; le creemos, sino una escepcion, preocupaciones á las que se rendia culto, y por las que se hacia un objeto de rubor el sentimiento mas puro del alma, ese amor que aprendemos en el amor que rendimos á Dios y á nuestros padres.

Este es el asunto que vamos á tratar con una conviccion profunda y sincera, dejando llevar nuestra mente por los nobles impulsos del corazon. Hablamos á esa juventud pura y angelical, y le ponemos en aras de la verdad la fé de nuestras convicciones, generosas, amantes, hácia esos seres que merecen del hombre el amor que les dispensa Dios.

Grande, difícil es la tarea de educar á una niña; pero mas grande, mas difícil es la de instruir á una jóven, que al terminar sus pueriles años entra en ese período en que ya no tienen atractivo para ella los juguetes infantiles; en que trueca el teatrillo de carton por el teatro del mundo. Entonces, mas que nunca, necesita los sábios consejos de la madre, las ilustradas inspiraciones de su razon. De su razon, si, que empieza á germinar lozana á impulsos de los sentimientos de su corazon.

La madre ilustrada debe espiar las inclinaciones de su hija y guiarlas, evitando de este modo los terribles escollos en que podría dar, porque el corazón apasionado es un bajel perdido en un mar borrascoso.

Si no hay cuidado que pueda evitar una pasión, hay inteligencia que pueda modificarla, dirigirla. Para los estravíos de la razón hay también su remedio.

Ha dicho muy bien un elegante escritor francés, que es tan difícil definir el amor como la felicidad; son dos sentimientos que cada persona experimenta y expresa de una manera diferente, y no es fácil por consecuencia analizarlos; pero considerando al amor bajo ese aspecto que le diviniza, porque no admitimos otro, es una necesidad, es un bien: es una necesidad que alimenta nuestra alma, es un bien que recrea nuestra existencia. El amor llena el vacío del alma y hace feliz la vida.

Al imprimir Dios en nosotros ese sublime sentimiento, pensó sin duda que no podía dar á la humanidad un legado más excelso. ¿Qué seríamos sin el amor? Arrancad á una madre el que profesa á sus hijos, á un amante el que tiene á su amada, y haréis triste su existencia, así como la hizo á Petrarca la muerte de Laura.

Casi todos los géneos que han descollado, han debido al amor su fama. No hablenos de los guerreros, que á estos les impulsa otro amor egoísta, interesado, el de satisfacer su propia ambición, asentando su gloria sobre ruinas y cadáveres; hablamos de aquellos seres de alma sencilla y corazón privilegiado, de hombres como el Tasso, á quien inspiró el amor sus incomparables versos, y de Rafael, á quien también inspiró el amor sus encantadores cuadros.

Todos tratan del amor, y muy pocos le comprenden; así como todos hablan, y muy pocos hablan bien. Y esto consiste en la sublimidad del amor, esa fuente inagotable de grandes concepciones, ese don del cielo que da á la mente inspiración y al corazón nobleza. Así es más fácil sentir los efectos del amor que expresarlos, y vemos que los que los han expresado bien, han sabido sentirlos.

No presentaremos, como por ejemplo, los dichos de los que se han distinguido por el amor, sino de uno de esos hombres haviéndose de cuanto les rodeaba, de Byron, aquel gran poeta inglés, que fué á buscar la muerte en la patria de Elena. El magnífico cantor de D. Juan, dice:

—«El amor es una luz del cielo, un rayo de ese fuego inmortal que compartimos con los ángeles, y nos da el Creador para separar nuestros deseos de la tierra. La piedad eleva al cielo el alma del justo: el mismo cielo desciende á nuestras almas con el amor.

Es un sentimiento que procede de la divinidad para destruir nuestros groseros pensamientos; es un rayo de luz de quien todo lo ha creado; una brillante aureola que ilumina el alma.»

A qué más citas? Demostrado, pues, lo santo del amor, nadie le merece en el mundo como la mujer, esa criatura privilegiada, que es la intermedia entre la tierra y el cielo.

El hombre, que por su complexión nerviosa, es ápero y rudo, posee ese sentimiento instintivo que le conduce á amar á un ser débil y bondadoso, y á deponer su vigorosa rudeza ante la muelle dulzura de la mujer. El hombre se ennoblece entonces, y el que posea un corazón capaz de sentir ese supremo poderío, ese misterioso entusiasmo del que brota la poesía á la mente, el heroísmo á las acciones, y la religión al alma, divinizará al objeto que ame, y para él no será mujer la mujer, será un ángel. Y no ofenderá en esto á Dios: le obedecerá, por el contrario, porque el Señor ha rodeado al amor con tan celestiales atributos.

Queremos, pues, el amor cristiano, no el pagano: éste no comprendía los goces del alma, porque todo lo materializaba, al paso que nuestra amada religión lo espiritualiza todo. Y en ella todo es amor: él nos remedió y él nos salva.

Más vehemente la mujer en sus afecciones, porque penetran más en su corazón, porque se consagra á ellas, merece, ó nuestro amor, ó nuestro culto. Madame de Staël califica también esta pasión de poética, de heroica, y de religiosa. «¿Qué nos sucedería, dice, cuando el destino nos separase de quien tuviera el secreto de nuestra alma, y nos hubiese dado la vida del corazón, la vida celeste? ¿Qué sucedería cuando la ausencia ó la muerte aislase á una mujer sobre la tierra? ¡Languidecer, morir!»

El amor es un sentimiento de que nos podemos envanecer, es una pasión que sublima nuestra alma y enaltece á nuestro corazón. Enviando á nuestra frente ese rayo celestial que la ilumina, nos eleva hasta el cielo; por eso diviniza el hombre á la mujer que ama, y cifra en ella su felicidad.

Se ha dicho que la mujer del amor recibe su carácter, y que la impresión que le produce su primer amante fija su destino.

Estenso campo se nos presenta aquí para tratar sobre el primer amor; pero habremos de ser breves, y sin cuestionar sobre este punto manifestaremos que, así como el inesperto caminante se vé en un cruce de varios caminos sin saber cuál elegir para que le guíe al punto de su destino, así se halla la joven que marcha sin guía en esa elección que ya á conducirle acaso á su felicidad ó á su desgracia.

Es muy frecuente dejarse llevar de esas primeras impresiones alucinadoras, llorando luego los ojos lo que siente el corazón; y como no nos proponemos materializar ese sentimiento purísimo, sino que le divinizamos, por esto queremos que no sea un fuego fatuo, sino un sentimiento profundo, armonizado con la razón. Por no tomar esta la parte que debiera, vemos que los primeros amores no hacen por lo común mas que dejar recuerdos.

Cuando pasa aquella embriaguez de los sentidos, cuando la pasión no ofusca la mente, cae el cenital que cubría los ojos, y lo que se creyó un sér ideal, se vé es un sér vulgar, quizá defectuoso é inconveniente. Esta transición cuesta entonces dolores, y los dolores lágrimas, que dejan un vacío sensible en el corazón.

Una jóven debe evitar esta amargura, y lo puede con su ilustración, ó admitiendo el consejo que la niegue su inteligencia, para no arriesgar su felicidad por una ilusión que es muy triste perder.

Mas impresionable el corazón de la mujer que el del hombre, necesita por lo mismo el freno del consejo: no juzgar por apariencias, ni por alucinamiento; ver en el hombre su nobleza, y no prescindir nunca de su saber. Que á los ojos de la sociedad vea justificada su elección, porque á nadie lisonjeará como á ella misma.

La mujer que ama tanto la gloria, que tiene en tanto su amor propio, ¿qué no gana cuando puede envanecerse de haber puesto su cariño en quien merezca la consideración y el aprecio de todos? El hombre procura entonces ser digno de la que tanto le honra con su amor, y hace de ella su númen, porque nada enorgullece á un amante como la gloria que conquista para el objeto de su cariño, para la que la merece, no haciendo mas que pagar una deuda de gratitud al compartirla con ella. Génios hay colocados en el templo de la inmortalidad que deben sus laureles á una mujer, cuya amante sonrisa ó cariñosas palabras hicieron brotar de su mente la inspiración.

La jóven de talento no puede, no debe guiarse por una ilusión. Esto sería abdicar de su inteligencia, ese dón precioso que forma la racionalidad de los séres; esto sería conceder mas á los sentidos que á la inteligencia.

La mujer que rara vez deja de formar en su mente el sér ideal á quien consagra su cariño, vea en el hombre que le inspire ese sentimiento, si desvanecida esa aureola con que le reviste, presenta una realidad digna. Estudie su educación, que es la base de todas las nobles acciones, sondee su saber, y mire en

él mas al hombre que al amante, porque este dejará de serlo algun día; mas no el caballero, el amigo que ha de hacer la felicidad de quien le consagra su existencia. ¡Qué mayor gloria para una jóven que labrar ella misma con su buen juicio su ventura, y hacer la del hombre á quien ha preferido! ¡Cuanto no debe lisonjearla ostentar un corazón no lacerado por los desencuentros que produjeran quiméricas ilusiones, y deber á sí propia la lozanía de una juventud tranquila y el bien estar de toda la vida! ¡Feliz quién de nada tiene que arrepentirse! ¡quién ha hecho á la inteligencia el Mentor del corazón! Bienaventurada, podemos decirle, porque de ella es la gloria de este suelo.

Entre los defectos que criticaba Moratin, y los que se hallan en el día, preferimos aquellos: los consejos de una madre son los amigos de nuestra felicidad.

A. P.

LITERATURA.

LOS SUEÑOS Y LAS FLORES.

Valada.

Ven si quieres gozar sueños de amores
Al campo, hermana mia,
Que los sueños se ocultan en las flores
Mientras que dura el día.

Sus frágiles prisiones van á romper risueños;
El sueño de una virgen se oculta en el jazmín;
Busquemos presurosas las flores y los sueños;
Los sueños y las flores solo hoy han de existir!

La esperanza el almendro nos ofrece
En su flor argentada;
Como á ella en lo fugaz, ay! se parece;
La eligió por morada.

Sus frágiles prisiones van á romper risueños;
El sueño de una virgen se oculta en el jazmín;
Busquemos presurosas las flores y los sueños;
Los sueños y las flores solo hoy han de existir!

Del que consigue el triunfo y la victoria
Orna el laurel la frente:
En sus hojas tendrás sueños de gloria
Para balagar tu frente.

Sus frágiles prisiones van á romper risueños;
El sueño de una virgen se oculta en el jazmin;
Busquemos presurosas las flores y los sueños;
Los sueños y las flores solo hoy han de existir!

Sobre todos prefiere al que escondido
Se encuentra en la azucena:
Puro, como del cielo descendido
Nuestra inquietud serena!

Sus frágiles prisiones van á romper risueños;
El sueño de una virgen se oculta en el jazmin;
Busquemos presurosas las flores y los sueños;
Los sueños y las flores solo hoy han de existir!

DOLORES CABRERA Y HEREDIA

LA VUELTA DE JUAN PÉREZ.

(Continuacion.)

IV.

EL CEMENTERIO.

El cementerio de la aldea estaba como á un tiro de fusil de las últimas casas, en una hondonada que formaba el valle. Una tapia de siete piés de altura lo circuía, formando un cuadro perfecto. La puerta era un enrejado de madera sin pintar, semejante al rastillo de una cárcel. Por la parte interior apenas se conocía que aquel era el asilo de los muertos; solo una cruz negra y alta levantada en medio, entre cuatro cipreses, daba á aquel recinto un aspecto lúgubre. No había sepulcros; la tierra levantada á intervalos, formando surcos irregulares, indicaba el sitio de las sepulturas.

Asomaba el sol limpio como un espejo de oro. Sobre una de aquellas sepulturas se levantaba un rosal tan frondoso, que casi la cubría toda. Las gotas de agua, que la lluvia había depositado sobre las hojas del rosal, se destilaban una á una trazando alrededor de la sepultura un círculo de lágrimas.

El soldado estaba allí de rodillas, con la cabeza caída sobre el pecho y los brazos cruzados: había llorado toda la noche y se sentía sereno, porque las lágrimas son el único consuelo de los corazones afligidos.

Durante toda la noche había llorado y estaba resignado; porque la oración lleva hasta las puertas del cielo, y allí encuentra el alma siempre la esperanza y la resignacion.

Y su dolor había sido grande y profundo, porque en los misterios del corazon humano nunca es ma-

hermosa una esperanza, que en el momento en que se va á perder para siempre.

Y Juan Perez había sonreído lleno de esperanza, á todos los encantos de una felicidad, que para mayor tormento, había comprendido entonces en todos sus pormenores, en toda su estension.

Y nunca le había parecido Cecilia tan hermosa, porque el amor se complace en hacer mas seductora á nuestros ojos á la mujer que amamos, cuando no nos pertenece.

Y aquel niño tan hermoso que dormía en los brazos de Valentin, había derramado en el corazon de Juan Perez todo lo que los celos tienen de mas cruel y de mas doloroso.

Y no es inverosímil que el soldado, en cuyo corazon parecia haberse perdido la memoria de Cecilia, sintiera tan profundamente el dolor de haberla perdido; porque el corazon humano es un abismo en cuyo fondo se duermen las memorias mas dulees, y se despiertan todas juntas en el momento en que la realidad nos alumbra, para hacer mas amargo el pesar de una ingratitud ó el tormento de un desengaño.

El amor había dormido en el alma del soldado durante los siete años de su ausencia; allí oculto había conservado toda su virginidad y toda su fuerza; y aquel reposo de siete años, aquel paréntesis abierto en la vida de un cariño tierno y verdadero, le daba ahora un poder irresistible.

Así se oculta, se recoge y parece que se apaga la llama de un incendio; pero el soplo mas ligero la hace brotar de repente mas voraz y mas intensa.

Y es lo cierto, ademas, que si Juan Perez había podido olvidar á Cecilia, nunca tuvo lugar en su corazon para otra mujer.

Y por último, el amor es vengativo, y había reunido aquel dia todas sus fuerzas para vengarse cruelmente de la indiferencia del soldado.

Hemos dicho que estaba resignado, y así era la verdad. No culpaba al cielo, ni á la tierra, ni á los hombres. Su dolor tenía una fórmula que la resignacion había puesto en su boca:

«Soy desgraciado.»

Así lo pronunció, besando por última vez la sepultura de su madre; y Cecilia, que estaba á su espalda, pálida y deshecha en llanto, cayó de rodillas junto á él, y exclamó:

«Somos desgraciados.»

Juan Perez se puso de pié.

—¡A qué has venido! le dijo con tristeza.

—Todos los domingos vengo á rezar sobre esta sepultura, y hoy es domingo.

Juan Perez sacudió tristemente la cabeza...

—Juan, te creía muerto.

—Ya lo ves, contestó el soldado.

—Era sola en el mundo, continuó la jóven enjugándose las lágrimas con la punta de su delantal.

—¡Sola! murmuró Juan Perez.

—Valentin era tan bueno... me amaba casi tanto como tú...

—Esto es un castigo, Cecilia; yo perdí la fé de nuestro cariño... casi te olvidé.

—¡Ah, yo, nunca! exclamó la jóven poniéndose de pié y levantando los ojos al cielo; Dios sabe que he rezado por tí todos los dias.

—Abrazame, dijo el soldado tendiéndole los brazos.

Cecilia dobló su hermosa cabeza, y permaneció inmóvil.

—Abrazame, volvió á repetir Juan Perez; somos hermanos, y mi madre nos vé.

Y la jóven, dando un salto, se colgó del cuello del soldado.

Y abrazados lloraron.

Y Juan Perez, haciendo un esfuerzo, apartó suavemente de su cuello los brazos de Cecilia, porque era imposible resistir de otro modo.

Los ojos de Cecilia no eran azules ni negros: eran de esos ojos en los que se reflejan todos los colores; ojos garzos, llenos de viveza, rasgados y suaves; en los que las lágrimas tienen una espresion irresistible; ojos cuyas largas pestañas sombrean las mejillas como un velo de castidad y de pureza.

Y en la mirada de aquellos ojos estaba suspensa toda el alma de la jóven; y su frente morena y tersa se levantaba hasta descansar sobre el hombro robusto del soldado, y el aliento de su boca, encarnada como una rosa á medio abrir, y los latidos de su corazón, y el temblor de sus brazos, redondos y desnudos; todo esto lo sentía el soldado dentro de su corazón, lo percibía por todo su sér, y desfallecía y se abrasaba.

Y Cecilia no tenia fuerzas para separarse de aquel hombre tan querido y tan llorado, y temblaba toda, y se estremecía hasta el fondo de su alma; porque tambien, como el soldado, se sentía desfallecer y abrasar.

Y este abrazo, sin embargo, pudo verlo Dios sin enojo, y la madre de aquellos huérfanos sin pesar.

Al fin se separaron.

—Cecilia, esta vez es para siempre.

La jóven comenzó á sollozar.

—Juan, tengo que pedirte un favor, dijo con ansia, después de algunos minutos de doloroso silencio.

Juan Perez no contestó, pero en sus ojos leyó la jóven que podía pedirle todo.

—Cuando se ponga el sol, continuó Cecilia, nos daremos el último adiós.

—Yo he presenciado muchas batallas, exclamó Juan Perez; he sentido el frio de la muerte dentro de mis huesos; he visto la eternidad delante de mis ojos, mas negra que un abismo, y no he tenido miedo; pero al separarme de tí soy cobarde; quisiera morirme... Cecilia, no tentemos á Dios.

—Yo tengo un hijo, prosiguió la jóven, como si no hubiera entendido lo que acababa de decir el soldado. Esta noche le darás un beso, y partirás para siempre.

Juan Perez se resignó, y Cecilia se dirigió lentamente hácia la puerta del cementerio.

Así quería esta mujer, inmensamente tierna, enlazar en un beso su amor de mujer y su amor de madre; así quería estrechar al hombre de su cariño con el hijo de sus entrañas; quería purificar su pena y santificar su amor. Y quería ademas dar tiempo á una despedida, para la que necesitaba todo su valor y todas sus fuerzas.

Cuando llegó á la puerta del cementerio iba diciendo: «¡Dios mio, cuánto le quiero!....» Y al perderse detrás de la tapia, volvió Juan Perez la cabeza, y exclamó oprimiéndose la frente con las dos manos: «¡Madre mia, por qué la he perdido!....»

(Se concluirá.)

JOSÉ DE SELGAS.

LA FLOR PREFERIDA.

BALADA.

Somos generalmente aficionados á las flores, pero preferimos siempre una á todas las demas.

Aquella es la flor de los recuerdos, la flor de la juventud, la flor del amor: ¡siempre aquella que cogimos en los primeros dias de la primavera de nuestra vida!

Asociamos las facciones y el nombre de una persona amada á la idea de una flor, que nos la recuerda siempre.

Para unos es la rosa, el jazmin, la lila, el heliotropo; para otros la verbena, la violeta ó el pensamiento: para todos el recuerdo de una mujer es inseparable del de una flor.

El aroma de la flor preferida nos produce una especie de embriaguez de que no participa la cabeza, que siente solo el corazón.

Su vista nos trasporta del presente al pasado, descorre ante nuestros ojos el cuadro de nuestra perdida felicidad; creemos ver de nuevo el estrecho sendero por el que pasamos juntos tantas veces, enjugando con nuestros vestidos el llanto del rocío; nos parece

ver el arroyuelo que reflejaba su imagen, y hasta escuchar su voz, su dulce voz que nos llama.

Otras veces exclamamos: esta era la flor que amaba mi madre, ó la que mi hermana entrelazaba en sus cabellos.

Entonces recordamos nuestra infancia, nuestra madre que nos mira desde el cielo, nuestra hermana, tan pura, tan bella, que Dios nos arrebató para hacer de ella uno de sus ángeles.

¡Desgraciado de aquel que no siente humedecer sus ojos á la vista de alguna flor! Aquel no ha sido nunca niño, ni nunca joven; aquel no ha tenido madre, ni hermana, ni prometida; no ha amado jamás.

La flor preferida se lleva consigo, se suspende á la cabecera del lecho, y se hace de ella un ramo que enviamos á nuestro mejor amigo.

La flor preferida, es mensajera de la dicha.

Es preciso tener una flor en la tierra, y una estrella en el cielo.

Desconfiad de los que se rien de esta superstición.

Mi flor preferida es el jazmin.

Mientras florece, creo sentir algo de agradable, de dulce, de penetrante, en el fondo del corazón; siento un bienestar que desaparece cuando el jazmin empieza á marchitarse.

Una unión íntima existe entre esta flor y yo. ¡Encierra para mí tantos recuerdos!.... Pero no es mi historia lo que quiero contaros; vosotras, lectoras mías, la sabéis, porque mi historia es también la vuestra.

¡Flor preferida, dulce, y encantadora flor, cuyo nombre pronunciamos tan bajo como el de un ser querido! El corazón que no siente tu misteriosa influencia, es un corazón gastado.

Late, pero no palpita; vive, pero ha dejado de sentir.

Guarda mucho tiempo para mí tu perfume, flor preferida, guárdale siempre, y que se graben estas palabras sobre mi sepultura: *¡Un solo amor, una sola flor!* (T. del F.)

ZAHARA.

VARIEDADES.

EL FIN DEL MUNDO.

Señoras y señores, dispongamos nuestra maleta, el día del viaje se aproxima. Es necesario que la hora fatal no nos sorprenda desprevenidos, y que estemos dispuestos para la marcha. Mas ¿para dónde? me preguntareis. ¿Para dónde? No lo sé.—Fácil es que vaguemos por los espacios, sin tener dónde reposar del fatigoso camino, como el alma de Garibay;

fácil es que vayamos despedidos como flechas á los profundos senos del vacío, de la nada... Ignoro cuál será el lugar de nuestro descanso, porque no tengo ningún mapa de la eternidad; pero lo que yo puedo deciros es, que el fin del mundo se acerca; que una *Estrella con cola*, fatal presagio, está amenazándonos, que la tierra va á cambiar de decoración, acaso de teatro.

El 15 de Junio próximo lleva en su diestra la bandera de destrucción. Unos dicen que á la media noche de este día el cometa nos dará la rabotada, otros que á las cuatro de la tarde, otros, en fin, que á la caída del sol. Por horas mas ó menos no debemos reñir; el caso es que el 15 de Junio habrá en los espacios una función sublime; que la Estrella con cola acometerá al mundo, y que éste tendrá una *cogida*; que el acometedor y el acometido se harán pedazos, y nosotros astillas, sin que quede para la conclusión uno solo que pueda decir:

Aquí se acabó el sainete,
perdonad mis muchas faltas.

Este presagio de la ciencia de un sábio alemán, me tiene sobrecogido de espanto. Desde que llegó á mi noticia no como, sino cuando tengo hambre, y creo que á vosotros, señoras y señores, os sucederá lo mismo. ¿Quién no se lastima con la idea de que el mundo perezca? De qué un osado cometa nos haga mudar de casa, como quien dice, y nos mande en átomos á recorrer regiones, que no están, al menos que yo sepa, en la geografía?

Muchos de vosotros habrían pensado seguramente en hacer un viaje de recreo este verano; en ir á París, á Biarritz, á Baden, ó á Carabanchel; pero el hombre propone, Dios dispone, y las estrellas rabonas ejecutan. No ireis á París, ni á Biarritz, ni á Baden, ni á Carabanchel siquiera; ireis donde á la cola del cometa se le antoje, y no volvereis, que es lo mas triste; pero debéis tener el consuelo de que *todos nos veremos por allá*, vamos solo á cambiar de domicilio.

El globo que habitamos es el único que debe apurarse; va á quedarse sin inquilinos. Aunque á decir verdad no tendrá tiempo de hacer estas reflexiones, pues la catástrofe que nos biera ha de herirle á él, acaso antes que á nosotros mismos.—¡Qué lástima, morir tan joven! dirá el mundo, que segun el padre Patavio es una criatura de cuatro mil años, poco mas ó menos.—¡Morir en la primavera de la vida!

Y que el mundo se acabareis cierto. ¿Quién es capaz de poner en duda la sabiduría de todo un alemán? Cuando él lo ha dicho, sabido se lo tendría, como el padre Patavio al señalar edad al planeta en que vivimos. Acaso estenderia él su fé de bautismo.

Pero ¿qué debemos hacer mientras llega la hora de la marcha? Si yo tuviera influencia con los mortales, aconsejaría:

A los agiotistas, que no confiasen tanto en la casualidad ciega, y que tuviesen presente que su falso orgullo y su mentirosa honradez no pueden engañar al Todopoderoso.

A los ricos, que reparten sus bienes entre los pobres en los cuatro meses que restan, y á los pobres que no hiciesen caso de los bienes de los ricos.

A los acreedores, que no pretendiesen cobrar sus deudas, sino un día después del fin del mundo.

A los usureros, que prestasen gratis. ¡Gran imposible!

A los falsos amigos les aconsejaría que fuesen francos y leales, siquiera los cuatro meses que faltan hasta la caída del telón.

A los maridos, que permitan á sus esposas hacer provisiones de trajes, adornos y joyas para el camino. Ellas verían después como llevaban la maleta.

A los comerciantes, que vendiesen barato, y que tuvieran en cuenta, ya que tan amigos son de ellas, que el 13 de Junio han de ser medidas sus acciones, y no por varas, en la *trastienda* de la eternidad.

En fin, á todos los mortales que constituyen actualmente las poblaciones de la tierra, les diría que practicasen antes del fatal 13 de Junio, el santo precepto del Evangelio: «No hagas á otro lo que no quieras para tí;» con la seguridad de que así podrían emprender con menos temor el último viaje, y que no les sería en la otra vida tan funesta la *cola* de sus faltas, como en la tierra la *cola* del cometa.

Pero no harán caso de mis consejos, y permanecerán tan sordos á las advertencias de los profetas del fin del mundo, como D. Juan á los anuncios de la estatua del Comendador.

Y día por día irá acercándose el fatal plazo, y el 13 de Junio nos sorprenderá descuidados, y comenzará la función, ó mejor dicho, terminará la trágicomedía, que desde hace tantos siglos viene representando en la tierra la humanidad.

¿Y qué dirá la luna, si se libra del cataclismo, al ver nuestra desgracia? Posible es que se ría, los pequeños se burlan siempre del dolor de los poderosos, y que aplauda, ó bien que diga estremeciéndose de espanto: *Cuando las barbas de tu vecino veas pelar, echa las tuyas á remojar.*

Después de todo, es bien triste la suerte que el sábio alemán nos depara. ¡Morir á golpe de rabo! No perecer por el incendio ni por el frío, sino aplastados por un cometa, como nosotros aplastamos con el pié al reptil que encontramos en nuestro camino, ó mejor dicho, como el elefante.... pero basta de comparaciones. El hecho es que la *cola* de la estrella va caer sobre nosotros como un rayo, que va á desquiciarnos el

mundo, y á poner el punto final en el último párrafo de la existencia humana. ¡Horror!

Confieso ingenuamente que estas desconsoladoras ideas me agradan poco. Yo no soy envidioso, no he deseado como Neron que la humanidad tuviera una sola cabeza para cortársela; aprecio á los hombres, y quiero á las mujeres; no estoy desesperado; mi vida no está amargada por el dolor, no tengo, en fin, motivo alguno para querer mal á los mortales ni para aborrecer á la sociedad. Yo no he llorado sino de pequeño, y tengo menos hiel que un palomino, ¿por qué no he de sentir la destrucción del mundo? La idea de que vosotras, amables lectoras, dejareis de bailar, y de que nosotros dejaremos de enamorar, me entristece y desespera. Pero puesto que ya el mal no tiene remedio, que estamos sentenciados á perecer por la sabiduría alemana, y que nuestra hora se acerca, resignémonos con nuestra suerte, *renunciemos generosamente* á nuestro mundo, y esperemos el momento fatal, diciendo como los calendarios: *Dios sobre todo.*

LÁZARO.

Post-scriptum. Según últimas noticias, ya no hay nada de lo dicho: el mundo ha sido indultado; ya no será descuartizado, como nos había ofrecido el sábio alemán, el día 13 de Junio. El planeta rabi-largo ha pasado, sin decir siquiera esta cola es mía, puesto que nadie la ha visto, y ya no volverá á infundir miedo hasta dentro de 200 y tantos años, si Dios quiere. Él quiera, lectoras mías, que alcanceis á ver la cola del cometa en cuestión, cuando vuelva otra vez, aunque paseis un temor igual al que os ha sobrecojido, con motivo de las funestas predicciones del astrólogo alemán. He dicho.

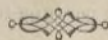
LA ESPERANZA.

(En un Album.)

El hombre nace: á seguida
En pos del placer se lanza.
¡Y es su esperanza mentida!
Pues el placer de la vida
Solo existe en la esperanza.

Correr en pos de un placer
Es tras de un sueño correr....
¡Mas fuera doble pesar
No correr, por no caer,
No dormir, por no soñar!....

RAFAEL MONARES INSA.



TEATROS.

Escasas van siendo nuestras revistas teatrales: la culpa no es nuestra. Lo será, si no de las empresas, que no tendrán novedades, cuando no las ponen en escena, de los autores dramáticos que se duermen sobre sus laureles. Y no comprendemos, como escritores tan mimados del público madrileño, hacen un alto indisculpable en la carrera de sus repetidos triunfos.

Entretanto las representaciones se alimentan de obras, que no por conocidas, dejan de ser siempre aplaudidas.

En el *Circo*, lo han sido con justicia, *El Si de las Niñas*, *El qué dirán?* *El desden con el desden*, que han sucedido á *Los amantes de Teruel*, dada en beneficio de la señora Lamadrid. S. M. la Reina honró la función con su presencia, y regaló á la distinguida actriz un magnífico alfiler, en una hermosa corona de flores.

S. M., después de haber favorecido también con su presencia el beneficio de la señora Penco, que interpretó, como nunca, los sentidos acentos de *Norma*, asistió el sábado al teatro de la *Zarzuela*, que llenaba una escogida concurrencia. La función se compuso de *Juan Lanas*, estrenado hace pocas noches, y *del Encogido y el Estirado*; qué lo fué en aquella: esta última fué recibida con frialdad; no así *El Lancero* que, aunque vista, agradó por lo bien ejecutada. El público hizo repetir el coro de su introducción, y salía tarareando su lindo aire popular:

Salen las niñas
á los balcones,
los escuadrones
á ver pasar:
Para prenderles
los corazones
de los cordones
de sus colbaces.

Explicación del Figurín.

FIG. 1.^a *Vestido de baile*, de glasé color de rosa, de doble falda, adornado de blondas blancas y negras.

La primera falda lleva sobre el mismo bajo un volante de blonda blanca, y sobre éste otro de blonda negra, cuyas ondas descansan sobre la pegadura del primero. El nacimiento del segundo volante llega á cubrirle la segunda falda, y ésta á su vez, va completamente cubierta por otros tres, alternados en color como los primeros.

Cuerpo escotado, de peto, con una doble berta formada por dos blondas, una blanca y otra negra, y que por delante bajan también á formar pico como el cuerpo del vestido.

Manga corta y hueca, que casi queda oculta por las blondas de la berta.

El pelo separado por una sola raya desde la fren-

te á la nuca, va por delante vuelto hacia arriba y por detrás en lazo muy bajo. Sobre este lazo, una moña ó adorno de grupos de rosas, y en uno de los lados cae una rama como desprendida de uno de los grupos.

FIG. 2.^a *Vestido* de glasé, color de pensamiento, con adornos de felpa y terciopelos negros.

La falda lleva en cada lado, formando costadillos, dos tiras de felpa que nacen en el bajo de la falda, y van estrechando hasta la cintura, donde concluyen: la primera es bastante mas ancha que la que va mas atrás, y ambas están separadas por una distancia de diez y siete centímetros. El delantero del vestido, que ocupa el trecho que hay de una á otra felpa, se llena con un adorno de cuadros formados con terciopelos estrechos negros.

Chaqueta alta y muy ajustada al talle, con la aldeta ceñida. Dos tiras de felpa, separadas como dos centímetros, adornan el canto de la aldeta, y se repiten en el pecho en forma de berta de pico, y por detrás bajan hasta la cintura, estrechando gradualmente en la conclusión.

Mangas de dos huecos y un volante, con una tira de felpa debajo de cada hueco, y dos al canto del volante.

Los adornos de este traje pueden ser todos de felpa, de terciopelo, ó de muaré.

Cuello y mangas interiores de muselina bordada, en medallones, y al canto un encaje ligeramente fruncido.

Capota de gró verde, terciopelo negro y blondas negras. El fondo de gró verde, es redondo y muy caído, armado en ballenas muy juntas, que colocadas á lo ancho del fondo, guardan la forma de la cabeza, y sobre ellas va la tela rizada. El ala, de terciopelo negro, es lisa y bastante ancha con una blonda al borde que sirve de vetele, y el bavolet es también de terciopelo negro, muy ancho y adornado de la misma blonda: lazadas de terciopelo negro, rodeadas también de blonda, van colocadas á alguna distancia unas de otras, entre el rizado del fondo y el bavolet. En el ala, sobre la cabeza, un lazo verde, cuyos dos cabos caen á derecha é izquierda. El interior del ala es de raso blanco, y en uno de los lados hay un grupo de follaje, desprendiéndose de él algunos botones de flores.

Siendo el arte de hacer flores, una de las ocupaciones mas agradables para las señoritas, recomendamos á nuestras lectoras una señora que se dedica á enseñar este ramo de adorno, siendo su método tan sencillo, que no usa mas molde cortante que las tijeras.

Las señoras que gusten utilizar sus lecciones, pueden dirigirse á la Redacción de este Periódico, calle de las Huertas, núm. 42, cuarto bajo, ó á la calle de Fuencarral, núm. 8, Estanco.